

¿QUÉ RETOS DE SIGNIFICATIVIDAD PROFÉTICA TENEMOS COMO VIDA RELIGIOSA EN EL MUNDO LATINOAMERICANO?

Hna. Mercedes L. Casas S., FSpS

Cuando se habla de *significatividad* o de una vida significativa se me vienen a la mente muchas imágenes y palabras que asocio a esta expresión: sencillez de vida, transparencia, cercanía, solidaridad, compasión, vulnerabilidad, esperanza, fuego, ternura, belleza, compromiso, coherencia, santidad, “*encanto*”, etc.... Me he encontrado en la vida con muchas personas, hombres y mujeres que han sido significativas para mí, y que encarnan muchas de las actitudes que acabo de mencionar. Viven su vida desde la pasión por Jesucristo y la docilidad al Espíritu Santo, de tal manera que contagian; personas capaces de soñar, de alegría contagiosa, que motivan y entusiasman; personas “*encantadoras*”. En el último Congreso Internacional de Vida Religiosa se dijo que “*el reto más grande que tenemos es devolver a la Vida Consagrada todo su encanto*”¹

El adjetivo de *profética* me hace pensar en un cierto talante: una vida que cala, que cuestiona, una mirada que taladra la realidad, que incomoda, que da esperanza, que anticipa, que ve más allá.

En la Palabra de Dios encontramos testimonios muy claros de *significatividad profética* que nos llevan a concluir que el profeta no es sólo el que anuncia y denuncia, sino sobre todo “*es alguien que, enraizado en la problemática existencial, descubre a Dios como Ser vivo y, a la luz de esta experiencia, sabe contemplar los acontecimientos de la historia, enjuiciarlos y manifestar en voz alta su sentido, las exigencias de Dios y los fallos del hombre*”². El profeta asume en su propia vida el deseo profundo de Dios sobre la historia y sobre el pueblo de tal modo que su forma de vivir lo manifiesta simbólicamente.

El Concilio Vaticano II nos hizo tomar conciencia de que todos los bautizados participamos de la función sacerdotal, real y profética de Cristo. Por el bautismo el Espíritu Santo nos constituye en testigos.

En el mundo latinoamericano esta reflexión nos hizo constatar que nuestros pueblos están marcados también por muchos testimonios proféticos. Con la expresión *mundo latinoamericano* pienso en riqueza cultural y étnica, la familia, el sentido de la fiesta, la religiosidad, sentido de superación, riquezas naturales, pero también se me vienen a la mente palabras como sobrevivencia, miseria, pobreza, explotación, corrupción, dolor, cruz.

¹ Expresión del Hno. Alvaro Rodríguez, Presidente de la Unión de Superiores Generales.

² MACCISE, Camilo, *Un nuevo rostro de la vida consagrada*, Frontera Hegian No. 45, Ed. Frontera, Vitoria, 2004, p.61

Esta dimensión profética se concentra con mayor claridad en algunas personas y grupos dentro de los cuales se encuentra *la Vida Religiosa*, que desde sus orígenes, subraya el absoluto de Dios y del Reino y, con su vida misma, se convierte en signo de El en la historia³.

La Iglesia ha reconocido esta significatividad profética de la Vida Religiosa en el Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* cuando afirma que “*simboliza, prefigura, manifiesta, representa y proclama*” los valores del Reino, convirtiéndose en “*símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana*”⁴.

La exhortación apostólica *Vita Consecrata* dice que “*la verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con El, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado. El testimonio profético exige la búsqueda apasionada y constante de la voluntad de Dios, la generosa e imprescindible comunión eclesial, el ejercicio del discernimiento espiritual y el amor por la verdad. También se manifiesta en la denuncia de todo aquello que contradice la voluntad de Dios y en el escudriñar nuevos caminos de actuación del evangelio para la construcción del reino de Dios*”⁵.

En estas palabras tenemos todo un programa de significatividad profética. La profecía está en el corazón mismo de la Vida Consagrada. Es un don que hay que acoger y al que hay que responder. Es un don que debemos poner al servicio de nuestra misión, y al mismo tiempo una responsabilidad, porque implica dar testimonio con nuestra vida de la centralidad del Reino, ser portadores de esperanza, denunciar las injusticias, estar junto al más necesitado. Esta profecía nace de una identificación con los Amores de Jesús: el Padre y su Reino. Brota de la comunión profunda con Dios y su proyecto de salvación.

Esta profecía es *significativa* en la medida en que abre horizontes, y cuestiona las actitudes egoístas. A la Iglesia le recuerda lo más genuino del Evangelio, que se encuentra opacado muchas veces por las estructuras rígidas, por las incoherencias. Denuncia la injusticia y se constituye en una invitación constante a construir un mundo de hijos de Dios y de hermanos.

La *significatividad profética* es esencial para devolverle el *encanto* a la Vida Consagrada y requiere, sí, de una fidelidad creativa, de una audacia evangélica, pero sobre todo, de una vida *enraizada* en el encuentro vital con Jesucristo y Jesucristo encarnado. Sin esta experiencia de encuentro vital, sin esta experiencia profunda de Dios, sería imposible responder a los retos que nos presenta nuestro mundo, y más concretamente, nuestros pueblos latinoamericanos.

³ Cfr. Ib., p. 62

⁴ LG 44

⁵ VC 84

“La Vida Consagrada sólo tendrá futuro si es capaz de involucrarse proféticamente en las condiciones críticas que le son contemporáneas”⁶. De estas condiciones críticas, de estas situaciones que nos golpean y provocan, surgen nuestros retos, nuestros desafíos, que en el fondo, son las invitaciones que el Espíritu Santo nos hace para ser aquello para lo que fuimos llamados, para devolverle a nuestro seguimiento de Cristo toda su significatividad profética, es decir, “todo su encanto”. Por eso es preciso “...tener una pedagogía que incluya <ojos nuevos> para ver bien la realidad y discernirla adecuadamente y, sobre todo, fuerza para reaccionar. No basta con mirar la historia; hay que hacerla”⁷.

Estos retos y desafíos que tenemos por delante, hay que amarlos, valorarlos porque son ocasiones de gracia, oportunidades para recuperar el sentido más profundo de nuestra vocación, para despertar la creatividad evangélica. Son gestos proféticos que nos inspira el Espíritu y que caen como agua fresca en este desierto que está viviendo nuestra Iglesia, nuestro mundo, necesitado de gestos de vida y de compasión.

Ante una realidad tan rica y compleja como la de nuestro mundo latinoamericano surgen muchos retos y desafíos. Necesitamos mirar esta realidad con mucho interés y esperanza para discernir los retos proféticos más urgentes que como Vida Consagrada se nos presentan. Desde la oración y la vida me surgen algunas intuiciones que personalmente me convencen y que considero centrales para devolverle significatividad profética a nuestra consagración. Estas intuiciones encienden en mí un anhelo grande por vivirlas y una gran esperanza de que juntos podamos devolverle a nuestra Vida Consagrada todo su encanto.

Primer reto: Tomarse en serio eso de “ser santos”

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales y celestiales, y nos ha elegido en Cristo para ser santos e inmaculados ante El por el Amor”⁸ nos dice san Pablo en la carta a los Efesios.

El mayor bien que podemos hacer a nuestro pueblo es responder a esta llamada a la santidad: ser aquello para lo que fuimos creados. Realmente el camino de la caridad, del amor solidario, es el camino de la santidad. ¡Ser santos, *por el Amor!*

Karl Rahner decía: *“Los cristianos del tercer milenio o son místicos o no son cristianos”*. Podríamos traducirlo diciendo: *“Los religiosos del tercer milenio o somos santos o no somos significativos”*. Alguien escribió que *“la única tristeza es la de no ser santo”*. La vida sencilla y austera de los santos, se caracteriza siempre por un gozo que atrae y contagia. Su

⁶ ARNAIZ, José María, *Por un presente que tenga futuro*, Ed. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003, pág. 38

⁷ *Ib.*, p. 49

⁸ Ef 1,3-4

presencia en el mundo es como antorcha en medio de la oscuridad, como *“un fuego que enciende otros fuegos”*. Si no tomamos en serio esto de ser santos, ¿qué es lo que realmente buscamos en nuestra consagración? Si no anhelamos dejar que se realice el sueño de Dios en nuestra vida y en la de nuestros hermanos ¿entonces qué es lo que realmente anhelamos? Si no nos enamoramos de Cristo ¿a quién verdaderamente amamos? *“¿Yo qué hago, en qué me ocupo, en qué me encanto? Loco debo de ser, si no soy santo”*⁹.

Sólo un santo puede hacer presente a Dios donde aparentemente no está, en medio de tantas realidades de muerte. Nuestro pueblo latinoamericano necesita de testigos creíbles: Que sea Jesús quien hable, quien escuche, quien actúe en ellos. El reto es el de mostrar con claridad a Cristo, el de *“hacer visible la humanidad de Dios”*¹⁰.

Como consagrados, debemos preguntarnos más que nunca: ¿Qué hemos hecho de nuestra vocación a la santidad? La Vida Consagrada necesita, para ser significativamente profética, de esta santidad, de hombres y mujeres con una profunda experiencia de Dios, de hombres y mujeres que se han dejado seducir y fascinar por la persona de Jesús. *“Hoy más que nunca es necesario un renovado compromiso de santidad por parte de las personas consagradas”*¹¹.

Tal vez hemos abierto caminos nuevos a lo largo de nuestra vida religiosa, o hemos dado verdaderos aportes llenos de creatividad y audacia en favor de la promoción humana, de la evangelización de nuestros hermanos, de la encarnación de nuestro carisma congregacional. Pero esto no sustituye en ningún momento una relación gratuita, amorosa, fiel y llena de ternura entre Dios y cada uno de nosotros.

La experiencia de Dios nos va enseñando a saber ver a través de las cosas, contemplativamente, como traspasando con la mirada la realidad. Nos ayuda a encontrar a Dios presente y actuante en la historia, en cada persona, en cada situación, en cada cosa. Esto llena la vida de esperanza. Es por eso que existe una gran diferencia entre ser un hombre y una mujer de Dios y no serlo.

El reto es el de vivir la vida de cara a Dios, aprender a ver la realidad desde dentro, como taladrándola, para encontrar la raíz de las cosas, su significado más profundo. Implica entrar en el tiempo de Dios, aprender sus ritmos, sus silencios. Exige, para el religioso, una profunda vida de oración, un trato familiar con Dios, un vivir con los ojos abiertos ante la realidad doliente, mantener el oído atento al clamor de los que sufren. Exige también exponer el corazón al dolor de nuestros hermanos para asumirlo en las propias entrañas. La vida, la realidad, hay que contemplarla.

⁹ Fray Pedro de los Reyes (s. XVI).

¹⁰ RODRÍGUEZ, Alvaro, *¿Cómo hacer de los signos de vitalidad puntos de partida de la Vida Religiosa?*, UISG, No. 130, Roma 2006, p. 10

¹¹ *Vita Consecrata (VC)*, 39

De la entraña de nuestros pueblos latinoamericanos surgen gritos, clamores, urgencias. Ante una realidad así corremos el riesgo de respuestas apresuradas, de soluciones fáciles o a la mano. Nuestras respuestas deberían estar más movidas por la Sabiduría que nace de la contemplación, que por el pragmatismo. La contemplación nos dispone a escuchar el Plan de Dios, lo que mejor conviene ante estas urgencias, la respuesta que da más vida. Nos pone en nuestro sitio, nos libra de protagonismos, nos ubica como instrumentos. Nos ayuda a superar el dilema entre asistencialismo y promoción humana, pues hay urgencias que por el hecho de serlo implican respuestas inmediatas, pero que sin embargo deben de ir acompañadas de un seguimiento, de un proceso y con una finalidad bien clara. Por eso, el hombre y la mujer de Dios son personas con rumbo, y su derrotero en definitiva es la caridad. Y la caridad a veces es dar un pescado al que no ha comido en días, con la claridad de que es urgente enseñarlo a pescar.

El que ora va experimentando en su vida la presencia transformadora, amante y gratuita del Señor. Sólo desde la contemplación se generan procesos de cambio, de vida. El oído, la mirada, el corazón, se van educando y poco a poco aprendemos a escuchar, ver, hablar, amar como Jesús. Los consagrados estamos llamados a ser *memoria provocativa y viviente de Jesús* en medio de su pueblo. La contemplación va formando en nosotros el Corazón del Hijo, nos va configurando con El, con sus sentimientos, sus amores, sus pasiones. La verdadera contemplación engendra una mirada y una respuesta profética, tal vez no para encontrar soluciones, sino sobre todo, para saber acompañar a nuestros hermanos. La verdadera contemplación va preñándonos de esperanza y de vida.

Sólo lo que se contempla se ama. A veces tenemos que hacer muchos esfuerzos por salir de nuestros ensimismamientos, por descentrarnos de nosotros mismos aún estando frente a Dios en la oración. En la medida que vamos dejando entrar a Dios a nuestra vida y a la realidad, empezamos a orar con rostros bien concretos: el del niño maltratado, el de la madre angustiada, el de aquella familia a punto de desintegrarse, el de aquél hombre que trabaja sin descanso, el del anciano abandonado. Se me viene a la mente el trozo de una carta que me escribió una religiosa que está en la misión: *“Se me están abriendo un poco más los ojos del corazón y me estoy dando cuenta que Jesús está aquí presente: En las angustias de la gente y sus enfermedades, en muchos de los niños que me dicen: <Hermanita, tengo hambre...>, <Mi papá toma mucha cerveza y nos pega>. A una niña de primero básico la violaron... ¡tan chiquita!. Todo esto ha pasado últimamente y hoy me he encontrado con mucha gente. En mi oración yo le he estado pidiendo a Jesús que no me deje ser insensible, y como menciona el Papa, no aburguesarnos ni acomodarnos”*. Es así como nuestra oración se va haciendo sacerdotal y nos lleva a sentir lo que Jesús siente, a ensanchar el corazón; nos va diciendo cómo acompañar a cada persona en su situación concreta.

Esta actitud contemplativa nos va dando esa experiencia de Dios que nos enamora y apasiona por la causa de Jesús: *“Que todos tengan vida*

y vida en abundancia". Nos lleva a fascinarnos cada día más de la persona de Jesús y esto determina nuestra manera de estar en el mundo como hombres y mujeres "*de Dios*", con un claro sentido de pertenencia, con una clara identidad sponsal.

El reto en definitiva es el de una relación gratuita y fiel con el Señor, el *dejarnos fascinar por El*, de manera que esta relación le vaya dando *hondura* a nuestro amor. De otra forma nuestra vida consagrada se convierte en carga, en un mero profesionalismo y hasta en un martirio. Nuestra Iglesia, nuestra gente no necesita funcionarios del Reino, sino Testigos. ¿Qué es lo que hace que, religiosos *de carne y hueso* como nosotros, atraigan y despierten entusiasmo, frescura, novedad, gozo? ¿Cuál es su secreto? La fascinación que sobre ellos ha ejercido la Persona de Jesús, la seducción del Crucificado. Sólo quien contempla largamente, obstinadamente a Jesús, mirándolo con todos los sentidos del cuerpo y del alma, hasta sabérselo de memoria, hasta hacer suya su imagen, su corazón, sus sentimientos, sólo entonces y no antes podrá descubrir al Crucificado en el rostro de nuestros hermanos que completan en su cuerpo la Pasión del Hijo Amado¹².

La Vida Consagrada está llamada a despertar en nuestros hermanos la sed de Dios. Nuestras pastorales, toda nuestra acción apostólica tendría que estar marcada por fuertes espacios de oración, donde se vayan formando orantes. El fruto más anhelado en nuestra misión tiene que ser el llevar a nuestros hermanos y hermanas al encuentro con Dios, a *enraizar* la vida en El, ayudar a que nuestro pueblo tome conciencia de que es un Pueblo Santo, Templo Vivo, Morada del Espíritu: "*Los ciudadanos de este Pueblo deben caminar por la tierra pero como ciudadanos del cielo, con su corazón enraizado en Dios, mediante la oración y la contemplación. Actitud que no significa fuga frente a lo terreno, sino condición para una entrega fecunda a los hombres. Porque quien no haya aprendido a adorar la voluntad del Padre en el silencio de la oración, difícilmente logrará hacerlo cuando su condición de hermano le exija renuncia, dolor, humillación*"¹³.

Segundo reto: Con el oído atento y el corazón abierto

En los últimos tiempos la Vida Consagrada ha vuelto con una fuerza nueva a la lectura orante de la Palabra de Dios. La *Lectio Divina* se va constituyendo en centro de nuestra vida comunitaria, en encuentro con el Señor de la Palabra, en criterio de discernimiento personal, comunitario, apostólico. En la meditación de la Palabra, hecha bajo la acción del Espíritu Santo, se encuentran la luz, las actitudes, las palabras de consuelo, esperanza o confrontación, que se necesitan frente al hermano o en determinadas circunstancias. Cuando esta Palabra se ora y se contextualiza, el Espíritu por medio de ella, nos lanza hacia nuevos horizontes, nos abre nuevos derroteros, nos urge a ubicarnos en lugares de frontera, de periferia, de desierto. Además en

¹² Documento de Puebla, 31

¹³ Ib., 251

ella han encontrado muchos de nuestros hermanos la fuerza para testimoniar, con la entrega de su misma vida, su pasión por Dios y por el Reino. En el corazón del discípulo se va engendrando, por obra del Espíritu, el corazón del misionero.

En *Vita Consecrata* se dice que *“siempre han sido los hombres y mujeres de oración quienes, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios, han realizado grandes obras. Del contacto asiduo con la Palabra de Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del Señor en los signos de los tiempos”*¹⁴.

El profeta es el discípulo, el que sabe sentarse a los pies de su Maestro, el del oído atento y el corazón abierto: *“Cada mañana me despierta el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor me ha abierto el oído y yo no me he resistido ni me he echado para atrás”*¹⁵.

Nuestra gente está cansada de escuchar palabras, palabras que no merecen llamarse así porque carecen de significado y significante. Más aún, palabras que encierran mentiras, falsas promesas; otras oprimen, condenan, lastiman. Palabras que tal vez nunca se pronuncian con los labios, pero que se actúan. Nuestra gente tiene hambre y sed de Dios, de su Palabra, porque tiene hambre y sed de verdad y de felicidad.

El mundo necesita no de teorías sino de testigos, que si hablan, lo hacen desde la vida, desde la Palabra acogida y vivida.

El reto está en hacer de la Palabra de Dios el contenido de nuestra oración, vida y misión. Acercarnos a ella en actitud mariana: de acogida, disponibilidad, escucha amorosa. El protagonismo es una tentación muy fuerte, el querer decir “mi palabra”. Pero el profeta habla “Palabra de Dios”, en nombre de Dios. Es el siervo de la Palabra de tal manera que su vida misma se hace mensaje.

Se trata de dar voz a lo que se ha experimentado en el fondo del corazón al encuentro con la Palabra: *“Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos también a vosotros...”*¹⁶.

Esta experiencia que nace del encuentro con la Palabra de Dios es tan fuerte que seduce, que se experimenta como *“un fuego ardiente”* que no se puede ahogar y no podemos no hablar de ella, aunque esto suponga dolor, rechazo, sufrimiento.

Centrar la vida en la Palabra de Dios significa compartir y orar nuestra vida y la historia a la luz de ella. Hacer de nuestras comunidades la “Casa de la Palabra”, a donde lleguemos para nutrirnos de ella, para descansar en ella; de donde salgamos acompañados de ella, para hablar de ella. Para hablar de Dios a nuestros hermanos, hay que hablar mucho con Dios, hay que escucharlo. Decía san Gregorio Magno que

¹⁴ VC 94

¹⁵ Is 50, 1-5

¹⁶ 1Jn 1,3a

“cuando oramos nosotros hablamos con Dios, cuando leemos su Palabra es El quien en persona nos responde”.

Buscamos muchas veces respuestas en otras partes, escuchamos muchas voces, leemos muchos libros, consultamos a gente que sabe... Sin embargo, la respuesta de fondo la encontramos en la Palabra de Dios. La Vida Religiosa tiene que alimentarse cada vez más de este Pan, comerlo, devorarlo, masticarlo, hasta que la lectura orante de la Palabra se vaya haciendo como una *“amorosa costumbre”*¹⁷, como *“lámpara para mis pasos y luz en mi sendero”*¹⁸.

Tercer Reto: Optar por una Vida Comunitaria más sencilla

Cuando la Vida Consagrada se vuelve más contemplativa y profética, cuando ha contemplado al Crucificado y a la realidad crucificada, siente el desafío de vivir una forma de vida más sencilla, que respalde nuestro testimonio profético.

La comunidad religiosa está llamada a dar un servicio común y significativo. Sabemos que son millones las personas que carecen de lo necesario, que se encuentran en situaciones de sobrevivencia no sólo en nuestro mundo latinoamericano.

No es fácil hacer de la sencillez una actitud de vida. El consumismo ha entrado también en nuestras comunidades llevándonos al aburguesamiento, a una vida cómoda, segura, sin esfuerzos: *“La Vida Consagrada experimenta hoy la insidia de la mediocridad, del aburguesamiento y de la mentalidad consumista”*¹⁹. Además nos vamos convenciendo de que no podemos vivir nuestra consagración y misión sin adquirir lo último que nos ofrece la tecnología, la mercadotecnia, y hasta basamos en esto la eficacia de nuestra misión. Nuestros criterios para decir si esto está caro o barato se parecen mucho más a los de quienes tienen la vida segura, con sueldos muy por encima de los de la mayoría y se parecen menos a los criterios evangélicos. El problema es desde dónde queremos vivir: si vivimos con los pies puestos en la realidad de nuestros hermanos más necesitados. El problema no es tanto “dónde estamos” o “qué tenemos” sino “desde dónde nos vivimos”.

El consumismo de alguna manera nos va insensibilizando, deshumanizando, nos vacuna contra todo cuestionamiento o confrontación porque nos ofrece miles de justificaciones. El reto consistiría en orar personal y comunitariamente nuestro estilo de vida, nuestras necesidades. El paso a una vida sencilla se da en la medida que ponemos sobre la mesa de la comunidad nuestra actual forma de vida y dejamos que la iluminen las opciones de Jesús, de manera que rescatemos su significatividad profética.

¹⁷ Cardenal Martini

¹⁸ Sal 118,105

¹⁹ Mensaje del Papa Benedicto XVI a la 1ra. Audiencia a los Superiores y Superiores Generales, Vaticano 2006.

Una vida sencilla nos va devolviendo poco a poco la libertad y nos va haciendo más transparentes ante Dios y ante nuestros hermanos. No se trata de prescindir de todo, de rechazar todas las ofertas de la cibernética o de la tecnología, etc., sino más bien de aplicar el “tanto cuanto” ignaciano y con esa libertad hacerme valer o prescindir de las cosas. En una palabra, no dejar que me posea lo que poseo, no “dejar un jirón de alma” en las cosas.

Ciertamente que una comunidad que opta por la sencillez de vida modifica casi inconscientemente su modo de administrar el dinero, sus criterios para adquirir algo que se juzga como necesario o indispensable para la vida y misión. Este estilo de vida sencillo va determinando desde nuestra manera de comer, vestir, el transporte que utilizo, hasta el lugar de las vacaciones comunitarias. Supone, desde luego, actitudes más fundamentales de acogida, cercanía, respeto, ternura, compasión, dentro y fuera de nuestras comunidades.

La sencillez de vida nos va centrando en lo esencial de nuestra vocación: el seguimiento radical de Cristo. Una refundación de la Vida Consagrada tiene que pasar necesariamente por esta opción, que es camino de libertad y de felicidad.

El desafío es el de vivir en una comunidad donde todo se comparte, sin apropiarnos de nada, con la certeza de que más allá de todas las seguridades está la Providencia de Dios que no nos deja. Este modo de vida sencillo es el único que nos puede llevar a vivir nuestra Vida Consagrada con radicalidad evangélica, que llame la atención, que despierte interés y atractivo.

El desafío incluye también vivir no cualquier pobreza, sino aquella que ante una situación de marginación, y de exclusión, exprese un amor solidario con nuestros hermanos más necesitados, un amor cercano y compasivo que nos lleve a hacer nuestras sus heridas, sus luchas, sus esperanzas de poder participar de los bienes y de las oportunidades de las que hoy carecen. Supone vivir no cualquier castidad, sino aquella que ante el egoísmo, el hedonismo que despersonaliza, ante el utilitarismo en el que han caído nuestras relaciones humanas, manifieste la *desmesura* del amor de Dios, y que sea tan luminosa “*que hiera los ojos hasta de los que no quieren ver*”²⁰, castidad que se traduce en comunión y servicio. Implica vivir no cualquier obediencia, sino aquella que ante el individualismo, el relativismo, las ambiciones de poder, la competitividad, sea una “*denuncia subversiva... y anuncio de un modo nuevo de vivir en libertad*”²¹, y un testimonio comunitario de buscar apasionadamente la Voluntad de Dios, el sueño que el Padre tiene sobre cada uno de sus hijos, para crear las condiciones necesarias donde se haga realidad este sueño de hijos y hermanos. Por último, urge vivir no cualquier vida comunitaria, sino aquella que ante un ambiente contaminado de relaciones destructivas y violentas sea como un “*clima ecológico donde se oxigene el corazón y se vivan relaciones*

²⁰ GUERRERO, José María, *El encanto de la Vida Religiosa*, CET CONFERRE, Santiago de Chile, 2004, p. 11

²¹ Idem

*cálidas, abiertas y llenas de comprensión, tolerancia amorosa, acogida y perdón*²².

Nuestros Fundadores son ejemplos de una vida sencilla, que genera una audacia evangélica tan necesaria en nuestros días. Ellos han sabido crear una especie de “microclima” de amor, de compasión, de ternura, de comunión, en medio de tantas realidades contaminadas por el egoísmo y el pecado.

Optar por una vida comunitaria más sencilla quiere decir también ir pasando de una “*vida común a una comunidad de vida*”²³ donde se vivan relaciones de amistad madura, discernamos y oremos juntos, donde nos preocupemos unos por otros y donde suframos menos y gocemos más. Lo más importante no es estar mucho tiempos juntos, sino la calidad de nuestra presencia, el tener “*un solo corazón y una sola alma*”²⁴. El testimonio de comunidades que optan por una vida sencilla es inteligible y transparente para nuestros hermanos. Es como un *cielo despejado*. Pone más en evidencia el “*encanto*” de la Vida Religiosa, un encanto que provoca y convoca.

Al compartir en nuestras comunidades lo que somos y tenemos, viviendo la corresponsabilidad y la unidad en la diversidad, nos vamos liberando de la competitividad y la eficiencia para entrar en una lógica de relaciones gratuitas y adultas, compasivas y contenedoras de las debilidades mutuas, acogedoras aún del fracaso, de la fragilidad personal y del dolor de los hermanos. “*Radicalidad y gozo son inseparables*”²⁵. Una Vida Consagrada que vive polarizada y enraizada en Jesucristo, que opta por la sencillez de vida, genera personas armoniosas, serenas y felices capaces de entregar la vida por la causa del Reino.

Cuarto reto: Que nos duela el mundo

El Papa Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in America* ha hablado de globalizar la solidaridad²⁶. Los religiosos estamos llamados “*a ser testigos de un mundo solidario*”²⁷. La falta de solidaridad es uno de los grandes problemas sociales de la humanidad. No se trata sólo de crear una cultura globalizada de la solidaridad, “*sino también colaborar con los medios legítimos en la reducción de los efectos negativos de la globalización, como son el dominio de los más fuertes sobre los más débiles, especialmente en el campo económico, y la pérdida de los valores de las culturas locales a favor de una mal entendida homogeneización*”²⁸.

²² *Ib.*, p. 12

²³ *Ib.*, p. 14

²⁴ Hech. 4, 32

²⁵ *Ib.*, p.10

²⁶ Cfr.: *Ecclesia in America*, 55

²⁷ MACCISE, Camilo, *Op. Cit.*, p. 76

²⁸ *Ecclesia in America*, 55

La globalización, por medio de los medios de comunicación, nos ha ayudado a tomar conciencia de situaciones de injusticia, de miseria, que despiertan acciones solidarias. La Vida Consagrada fundamenta esta solidaridad en la misma actitud de Jesús, que vino a dar la liberación a los pobres²⁹, que sintió compasión, que se solidarizó de tal manera que se hizo hombre, pasando “*como uno de tantos*”, y que en la cruz nos expresó las consecuencias de un amor solidario hasta el extremo.

El reto de la solidaridad evangélica implica que como Vida Consagrada compartamos lo que somos y tenemos, con un amor afectivo y efectivo hacia nuestros hermanos más pobres y necesitados³⁰. Supone un *saber mirar*, propio del profeta, de forma que podamos acoger en el corazón, y hacer nuestras las realidades de dolor y miseria que crucifican a tantos de nuestros hermanos. En una palabra, es el reto a no temer ser vulnerables, a dejar que nos duela el mundo, a sentir la misma compasión y ternura que Jesús experimentó cuando vio a la muchedumbre que andaba como oveja sin pastor³¹. Es el reto de mirar el mundo con un corazón compasivo, hasta tal punto que lleguemos a sentir en carne propia lo que Jesús siente frente al dolor, frente al “*pecado del mundo*”.

La solidaridad evangélica nos introduce en la dinámica del Espíritu que “*nos apremia*”³², como dice san Pablo, que *nos urge* a abrir horizontes nuevos que generen vida y “*vida en abundancia*” en medio de tantas realidades de muerte. Es una invitación a vivir en solidaridad con nuestros hermanos más excluidos de una manera más audaz. Hay momentos de tentación que muchas veces se dan al constatar nuestra pequeñez, nuestros miedos y preferimos optar por la prudencia y el realismo. Sin embargo, sabemos que el emprender este camino de la solidaridad evangélica puede llenar nuestra vida de ilusión, de pasión, de creatividad, capaz de contagiar a las nuevas generaciones que lleguen a nuestras Congregaciones.

“*Dios quiere que todos los hombres se salven*”³³, Dios quiere un mundo de hijos y hermanos. Esta es la utopía del Reino que por una parte ya es una realidad: “*Consideren el amor tan grande que nos ha demostrado el Padre: hasta el punto de llamarnos hijos de Dios; y en verdad lo somos*”³⁴, pero que también es una tarea por realizar. Esta tarea se transforma en nuestro desafío: “*Estamos llamados a compartir la experiencia de Jesús; a trabajar por lo que El trabajó y a pasar por lo que El pasó en su solidaridad con el hombre, que lo llevó a identificarse con él, especialmente con los más pobres y necesitados*”³⁵.

²⁹ Cfr.: Lc 4,18-19

³⁰ Cfr.: Mt 25,37-40

³¹ Cfr.: Mt 9,36

³² 2Co 5,14

³³ 1 Tim 2,4

³⁴ 1Jn 3,1

³⁵ MACCISE, Camilo, *Op. Cit.*, p. 92

En lo concreto este reto de un amor solidario supondrá que nuestras comunidades sean más abiertas, acogedoras, que abran sus puertas y ventanas y dejen entrar el aire de la vida, de las luchas, de los gozos y esperanzas, tristezas y angustias, búsquedas y esfuerzos de nuestros hermanos. Al mismo tiempo la Vida Consagrada necesita salir por los caminos, por las calles de la historia, para ver la vida, las cosas, desde la perspectiva del otro, para ser compañeros de camino con el hombre y la mujer que se sienten muchas veces solos y excluidos del banquete de la vida. *“Cuando la solidaridad se establece como un modo habitual de acción que dinamiza las relaciones sociales, podemos hablar de que la cultura de la solidaridad ha surgido”*³⁶. Sólo así encontraremos cauces para una verdadera solidaridad evangélica; sólo desde una reflexión, oración, hecha desde la vida y para la vida. Implicará también que revisemos nuestras Instituciones, nuestras Obras, que las renovemos y reanimemos, que cuidemos su *calidad evangélica*, de manera que estén realmente al servicio de la solidaridad. *“Se precisa tener una pedagogía que incluya <ojos nuevos> para ver bien la realidad y discernirla adecuadamente y, sobre todo, fuerza para reaccionar. No basta mirar la historia; hay que hacerla”*³⁷.

Quinto reto: Con el Fuego y el Amor del Espíritu

La identidad de la Vida Consagrada se dinamiza y concretiza en la misión. Para hacer significativamente profética nuestra identidad como Vida Consagrada hay que hacer también significativa nuestra misión. La razón de ser de nuestra Consagración está en la misión. Con la misión se sitúa históricamente la identidad de la Vida Consagrada.

La misión nace de un corazón enamorado de Cristo, de una relación estrecha con El. El Amor engendra amor. Este amor es el fuego, la pasión que lleva a la Vida Consagrada a estar presente en situaciones límite, de frontera, desierto, periferia, donde la humanidad pareciera perder más su rostro. Supone acoger el amor de Dios de tal manera que, *“ensanchados”* por este amor *“que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”*³⁸, en nuestro corazón hay lugar para todos, cabe la creación entera.

El reto consiste en vivir *“con fuego”* nuestra misión, en vivirla bajo la acción del Espíritu Santo, en una docilidad indefectible a su fuerza y a su amor³⁹. Uno de los aspectos más negativos de la globalización es que quiere pintar al mundo de un solo color, y esto va afectando no sólo nuestras culturas, sino también las actitudes ante la vida. Se va creando una *“sociedad de sonámbulos satisfechos”*, y lo más triste es que lo que va satisfaciendo aparentemente a muchos son bagatelas, oropeles, realidades hechizas que nos estandarizan. De alguna manera las grandes utopías, los sueños, se van *“achatando”*. No es raro

³⁶ CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Del encuentro con Jesucristo a la solidaridad con todos*, No. 226.

³⁷ ARNAIZ, José María, *Op. Cit.*, p. 49

³⁸ Rm 5,5

³⁹ Cfr. *Documento de Puebla, 1295*

encontrarse a jóvenes que aún no saben qué hacer con su vida, que todavía no deciden su carrera, que viven todavía dependiendo cómodamente de los demás. Otros que han perdido la esperanza, que se conforman con lo que les tocó vivir, que quieren simplemente seguir a la mayoría. A veces da la impresión de unas vidas sin rumbo. Nuestros hermanos necesitan testigos de fuego, hombres y mujeres sembradores de esperanza, con *“luz en la mirada, palabra en los labios, fuego en el corazón”*⁴⁰.

Nuestros Fundadores fueron hombres y mujeres de fuego, de rumbo. Resplandecieron como antorchas en medio de la oscuridad, en medio de la historia que les tocó no sólo vivir sino también hacer. La misión estaba en el centro de su corazón, de su vida y tenían la capacidad de intuir las necesidades más urgentes para responder con creatividad y audacia desde el amor y el fuego que los habitaba.

Urge a la Vida Consagrada vivir su misión *con* el ardor y el amor de los santos, a quienes animaba el Espíritu Santo, la Caridad de Cristo y su amor apasionado por El y por su Reino. Urge enraizar la vida en Dios, como lo hicieron los santos; urge que la Vida Consagrada revitalice su relación sponsal, su sentido de pertenencia al Señor, al Crucificado. Sólo así, desde este amor sponsal, desde este sentido de pertenencia, la Vida Consagrada experimentará la compasión, la ternura, para acercarse *samaritanamente* al hermano herido y tirado en el camino, para curarlo, vendarlo y estar dispuesto a pagar por él, por sus cuidados, hasta con el precio de la propia vida.

Escuché hace tiempo una anécdota de Santa Teresa de Lisieux, que cuando era Maestra de Novicias vio a una de ellas caminando con pesantez y lentitud para dirigirse tal vez a sus quehaceres. Santa Teresita le dijo: *“¿Así camina una madre cuando va a dar a luz?”*. La vida consagrada está llamada a *dar a luz* una humanidad nueva, un pueblo nuevo, una *Nación Santa*. Sólo si *se nos “queman los días y las noches por el Evangelio”*⁴¹, si emprendemos cada día la marcha como de quien va a dar vida y *“Vida en abundancia”* mantendremos nuestra vida y consagración con fuego, con ardor, con un encanto capaz de contagiar a otros en esta misma pasión por Dios y por su Reino. Vivir la misión con fuego, con radicalidad evangélica no quiere decir que nos toque hacerlo todo y de la mejor manera, sino que hagamos lo que podamos, como mejor podamos y con la plena confianza de que la obra es de Dios.

La misión vivida con pasión, con fuego, te lleva a caer de rodillas frente al misterio de la vida, del corazón humano, ante lo incomprensible del dolor, del sufrimiento de tantos inocentes; te lleva a la adoración de Aquél que conoce perfectamente los caminos de la humanidad, de cada persona, porque hemos salido de sus manos, porque El sabe lo que es mejor para nosotros.

⁴⁰ Expresión del Papa Paulo VI

⁴¹ RODRÍGUEZ, Alvaro, *Op.Cit.*, No. 130, 2006, p.9

El Espíritu Santo es quien puede ir forjando en el Fuego de su Caridad un corazón solidario, el que puede llenarnos de esa fuerza interior que nos lleve a reaccionar, a pensar y concretizar una solidaridad *<que haga historia>*, que sea significativamente profética, claramente inteligible y cercana a nuestros hermanos. Es urgente que hagamos la “*determinada determinación*”⁴² de vivir la vida al impulso del Espíritu, y que le pidamos que nos de “*ese Fuego que enardece el corazón y lo hace capaz de los más grandes sacrificios*”.

Conclusión

Estos retos, entrañan otros más: Formar para una Vida Religiosa más significativa, tomar muy en serio la Formación Permanente, releer continuamente nuestros carismas a la luz de la Palabra de Dios y de la realidad. Pero considero que el reto más grande es el de entrar en un profundo dinamismo de conversión que haga posible que nuestra Vida Consagrada sea “*un anuncio profético de esperanza y una sencilla comunicación de alegría pascual*” (Card. Pironio).

No quiero terminar sin decir que veo en María de Guadalupe el Icono que encarna la respuesta a todos estos retos. Es la mujer preñada de Dios que está a punto de salir al encuentro de las necesidades de los demás, la discípula fiel de la Palabra, la Señora del encuentro, de la comunión, la Virgen de la Soledad que asume en su corazón todas nuestras soledades, angustias y dolores, la Madre de la Esperanza, de la Alegría y de la Pascua. Es quien mejor ha asimilado en su corazón las luces y las sombras de nuestros pueblos latinoamericanos, de tal manera que hasta su rostro se ha configurado con “*nuestros rostros*”⁴³. Es por eso que su rostro nos *encanta*, y está lleno de significatividad profética. En Ella, bajo su maternal mirada, la Vida Consagrada recobrará su talante profético, su significatividad; y como Ella la Vida Consagrada podrá decir una palabra llena de ternura y de esperanza a nuestros pueblos latinoamericanos: “*¿No estoy yo aquí que soy tu Madre? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta?*”.

“*Al mundo lo salvará la ternura*”, y no sólo al mundo sino ¡también a la Vida Consagrada! Así sea.

⁴² Santa Teresa de Avila

⁴³ Documento de Puebla, 31-39

BIBLIOGRAFÍA

ARNAIZ, José María, *Por un presente que tenga futuro*, Ed. Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003.

GUERRERO, José María, *El encanto de la Vida Religiosa*, CET CONFERRE, Santiago de Chile, 2004.

MACCISE, Camilo, *Un nuevo rostro de la vida consagrada*, Frontera Hegian No. 45, Ed. Frontera, Vitoria, 2004.

RODRÍGUEZ, Alvaro, *¿Cómo hacer de los signos de vitalidad puntos de partida de la Vida Religiosa?*, UISG, No. 130, Roma 2006.

JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Vita Consecrata*

JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Ecclesia in America*

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Del Encuentro con Jesucristo a la Solidaridad con todos.*

DOCUMENTOS DE PUEBLA

BIBLIA DE AMÉRICA